

## **HOMILIA EN LA MISA EXEQUIAL DEL ARZOBISPO MONS. FERNANDO SÁENZ LACALLE**

Excmo. y Rvdmo. Mons. Santo Rocco Gangemi, Nuncio Apostólico en nuestro país; Eminentísimo y Rvdmo. Cardenal Gregorio Rosa Chávez; Queridos hermanos obispos, Ilmo. Mons. Carlos Young; Ilmos. Monseñores; queridos hermanos sacerdotes; queridos diáconos; queridos seminaristas; queridas hermanas religiosas; queridos hermanos religiosos; amadísimos hermanos y hermanas en Cristo Jesús.

Amadísimos todos, estamos reunidos como hermanos, acompañando a nuestro Pastor, Monseñor Fernando Sáenz Lacalle en su Pascua. El Opus Dei, esta arquidiócesis y el santo pueblo de Dios en El Salvador, en este momento elevamos nuestra oración por Mons. Fernando Sáenz y a la vez, con aprecio y respeto le reconocemos y agradecemos su caminar lleno de fe en este país, desde 1962. Vivió entre nosotros 60 años. Recordemos un poco su vida; y su paso entre nosotros en este día de su funeral:

Nació el 16 de noviembre de 1932 en Cintruénigo, Municipio de Navarra, España. Estudió Ciencias Químicas en la Universidad de Zaragoza, y, obtuvo el doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense (Roma), en 1959; con la tesis: *La participación de los fieles en la Víctima del Sacrificio de la Misa a la luz de la Liturgia*.

Su ordenación sacerdotal tuvo lugar en Madrid, el 9 de agosto de 1959, incardinándose en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (Prelatura del Opus Dei). En 1962, después de permanecer casi 3 años en Costa Rica, fue enviado a nuestro país, donde colaboró con la recién iniciada labor del Opus Dei.

El 22 de diciembre de 1984, el Papa Juan Pablo II lo nombró obispo auxiliar de Santa Ana. Fue ordenado obispo el 6 de enero de 1985, por San Juan Pablo II; momento a partir del cual se entregó a su nueva misión, la que desempeñó hasta 1995. En ella una de sus obras más importantes fue el impulso que dio a la recién fundada Universidad Católica de El Salvador (UNICAES). Lugar donde impartió clases, gestionó becas en universidades extranjeras para capacitar al personal docente, etc.

El 3 de julio de 1993, fue nombrado Administrador apostólico del Ordinariato militar, cargo que desempeñó hasta 1997. Todavía con la Administración castrense, recibió el cargo de Arzobispo de San Salvador; la noticia de su nombramiento fue dada a conocer en abril de 1995 por la Nunciatura Apostólica en nuestro país. Fue el sexto arzobispo de la Arquidiócesis de San Salvador, sucesor de Mons. Arturo Rivera Damas. Tomó posesión del cargo el 13 de mayo, fiesta de Nuestra Señora de Fátima, de 1995. En su homilía de toma de posesión se puso bajo el amparo de María santísima, cito sus palabras: *Me pongo bajo su protección... siempre y más aún en esta ocasión.*

En su Escudo episcopal su devoción mariana ocupó un lugar especial. El mismo Mons. Sáenz nos lo explicó de la siguiente manera: *Ocupa el centro del escudo un camino de cruces pequeñas... significan que he de procurar identificarme con Cristo, en la tarea pastoral, cargando con amor con la cruz de cada día. Podré lograrlo invocando a María (estrella de la mañana) y con el rosario en la mano. Eso significa la estrella y la rosa... sobre un fondo azul. No tengo duda de que Santa María me conducirá: IPSA DUCE.* “IPSA DUCE” será su Lema episcopal, encomendando a María santísima su episcopado.

La gran responsabilidad del cargo recibido, lo llevó a pedir la intercesión de sus predecesores en el episcopado, expresó en esa misma ocasión: *Hoy comienza mi andadura como VI Arzobispo de San Salvador, invoco la intercesión de mis predecesores con los que me unen fuertes lazos de afecto filial, respecto a Mons. Chávez; de profunda y personal amistad, respecto a Mons. Romero; de sincera fraternidad, respecto a Mons. Rivera. Antes de concluir este rito deseo postrarme ante los restos mortales de estos ilustres pastores.*

Aproximadamente un mes después de su toma de posesión, Mons. Sáenz Lacalle interesado por el avance del Proceso Diocesano de Canonización de Mons. Romero, el día 2 de junio de 1995 confirmó el nombramiento del Tribunal Eclesiástico, pues había cesado con la muerte del Arzobispo Mons. Rivera Damas. Con el Tribunal Eclesiástico activo, podrá continuar el proceso de Canonización. Proceso que como todos sabemos, culminó felizmente con la Canonización de Mons. Romero el 14 de octubre de 2018.

Al siguiente año de la toma de posesión; es decir, en 1996, Mons. Sáenz Lacalle recibió al Papa Juan Pablo II, quien visitó nuestro país por segunda vez. En el semanario "Orientación" del 18 de febrero, Mons. Sáenz Lacalle escribió en la Columna, "Palabras del Arzobispo", su sentir mientras iba acompañando al Papa en el "papamóvil": *Cuando pasaba el Papa, alegría incontenible, emoción, amor, lágrimas... miles de niños, sostenidos en alto por sus padres, recibieron la bendición del Romano Pontífice... Cristo nos ha visitado y bendecido a través de su Vicario* (pág. 3).

Otra obra muy importante del Señor Arzobispo, Mons. Sáenz, fue continuar la reconstrucción de este Templo Catedral de San Salvador, él quiso tomar posesión en este Templo catedralicio, cuando estaba en "obra negra", e inmediatamente impulsó su reconstrucción hasta finalizarla; logrando bendecirla, él mismo, el día 19 de marzo, fiesta de San José, de año 1999.

Mons. Fernando Sáenz Lacalle, es el Arzobispo, que juntamente con los demás obispos de El Salvador, nos introdujo al nuevo milenio. El Papa San Juan Pablo II decretó el año 2000: Año Jubilar en la Iglesia Universal. Mons. Fernando Sáenz fue el principal impulsor del gran Congreso Eucarístico Nacional, entre otras actividades, para celebrar en nuestro país ese Año Jubilar, Congreso que culminó el sábado 25 de noviembre, con la solemne Eucaristía presidida por el Enviado Especial del Papa, el Señor Cardenal Jaime Lucas Ortega y Alamino, arzobispo de La Habana. La apoteósica celebración tuvo lugar en el Parque del Cafetalón, Santa Tecla, se estimó que la asistencia alcanzó las 150,000 personas.

El año siguiente, el Sr. Arzobispo Sáenz Lacalle, hizo frente a los graves daños que los terremotos del 13 de enero y del 13 de febrero dejaron a lo largo de esta diócesis y del país. El país poco a poco fue superando los estragos de ambos terremotos.

El 2 de febrero, solemnidad de la Presentación del Señor, del año 2003, Mons. Sáenz nos regaló su hermosa Carta pastoral intitulada: *Contemplemos con María el rostro de Jesús*; en ella manifestó su preocupación por la falta de fe; pero, sabía que, tocaba a la Iglesia trabajar por contrarrestar dicha problemática, por eso escribió: *Cuando las fiestas religiosas tienen menos importancia que las actividades mundanas, cuando los medios de comunicación social reflejan una cultura apática*

*a las exigencias de la fe, cuando la cultura de la muerte y de la injusticia social ensombrecen la nación, la Iglesia tiene que trabajar con ahínco para recuperar la fe* (pág. 8). Terminó su Carta proponiendo a todos en general, el rezo del Santo Rosario, una vez más, el amor mariano resaltó en Mons. Sáenz.

Después de una abnegada labor pastoral, el 16 de noviembre de 2007, habiendo cumplido 75 años de vida y de acuerdo con la norma canónica, Mons. Fernando Sáenz presentó su renuncia al cargo de arzobispo. El papa Benedicto XVI la aceptó, y nombró a este indigno servidor en ese cargo. Siendo Obispo emérito, Mons. Sáenz nos pidió seguir colaborando, ahora como párroco, cargo que desempeñó con gran alegría hasta que sus fuerzas ya no se lo permitieron, dejándonos un gran ejemplo de entrega y generosidad hasta el final.

El recién pasado 28 de abril, como sabemos, Nuestro Señor lo llamó a Casa del Padre, para recibir el premio de los servidores fieles. Las Lecturas que acabamos de escuchar, nos recuerdan que la muerte no tiene la última palabra. Dios, por medio del Profeta Isaías, prometió que aquel día – es decir el día del cumplimiento de la Promesa – Él destruiría la muerte para siempre, enjugaría las lágrimas de todos los rostros y borraría de la tierra la afrenta de su pueblo (cf. *Is 25, 8*). La alegría sería tan grande entre el pueblo que exclamaría: Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos nos salvara; alegrémonos y gocemos con la salvación que nos trae (cf. *Is 25, 9*), ese día ya tuvo cumplimiento.

Como hemos escuchado en el Evangelio, que se nos acaba de proclamar, Jesús es el pan vivo bajado del cielo. Quien coma su carne y beba su sangre vivirá para siempre (cf. *Jn 6, 54*). Porque su carne es verdadera comida y su sangre, verdadera bebida (cf. *Jn 6, 55*). El Biblista, Luis Alonso Schökel nos dice: *Comiendo la carne gloriosa de Jesús, pan de vida, el creyente recibe con sobreabundancia la vida divina. Esta comunicación de vida participada acontece en un contexto de misión. Es decir, no se trata de una que se confirma, sino que debe comunicarse a los demás, siguiendo el mismo impulso dinámico del Hijo, el enviado del Padre, que vino al mundo para dar vida* (*Biblia de Nuestro Pueblo*, pág. 1689). Mons. Sáenz Lacalle entregó su vida al sacerdocio; dejando todo, familia, país y amistades; vino a El Salvador, donde se entregó al trabajo pastoral a tiempo completo, ahora ha

partido a la Casa del Padre. No debemos temer a la muerte como nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura de la misa: *Si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual manera debemos creer que, a los que murieron en Jesús, Dios los llevará con él, y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes 4, 14.17-18).*

Movidos por la fe y la esperanza podemos imaginar la inmensa alegría de Mons. Sáenz al llegar al Cielo y encontrarse con Mons. Luis Chávez y González, Mons. Oscar Romero, Mons. Rivera Damas, Mons. José Adolfo Mojica, Mons. Oscar Barahona y Mons. Eduardo Alas, que le dan la bienvenida.

Ahora toca a nosotros continuar la Misión, contamos con los hermosos ejemplos de Ellos. Abracemos la cruz del Señor y perseveremos hasta el final, fieles a Cristo, amándolo profundamente en nuestros hermanos, principalmente en los más pobres.

Invocamos al Divino Salvador del Mundo, por intercesión de María Santísima y nuestros mártires, suplicándole conceda a Mons. Fernando Sáenz la dicha de los santos en el Cielo. Y, nos conceda también a nosotros perseverar en el bien hasta el final, para poder un día, participar en la Asamblea de los santos. Amén.

San Salvador, 02 de mayo de 2022

Mons. José Luis Escobar Alas  
Arzobispo de San Salvador